arreos marciales y abundantes víveres: era cuando vigoroso, ágil y audaz, tornaba á la guerra, desbaratando á sus enemigos que atónitos huían.

Las águilas enviadas por el Sol, eran las que ayudaban al perseguido príncipe.

VIII

El monarca Maxtla en tanto ejercía sus crueldades y sacrificaba sus víctimas al feroz Huitzilopochtli, al dios de la muerte, de la sangre, de la noche.

¡La noche, tú lo sabes! ¡oh Rey! también tiene sus aves negras que inspiran traiciones á los cobardes. Huitzilopochtli es la venganza y el exterminio.

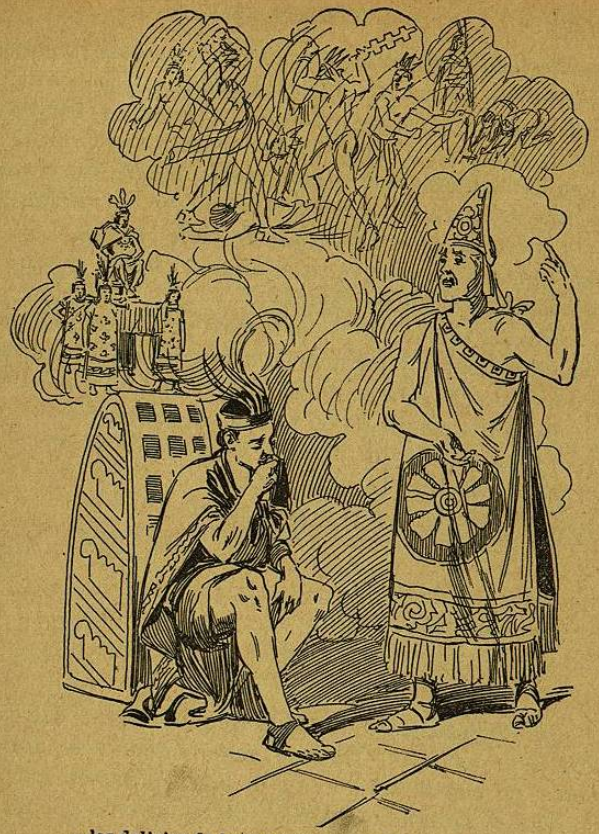
El día, la luz, la fiereza, la magestad y la vida, están en el Sol; de allí emanan. Por eso sus águilas tuvieron que combatir con las águilas negras de Huitzilopochtli.

¡Cuántas veces Netzahualcoyotl yaciendo herido en la cima abrupta de un monte, contempló con angustia aquel combate eterno del Sol y la Sombra, representados en poderosas águilas enemigas que batallaban en el espacio sobre la tierra empequeñecida, contempladas por el dolor de un hombre!

El culto al Sol, es el secreto del poder de Netzahualcoyotl. Amalo tú si quieres ser grande..... Ya sabes, ¡oh mi amado señor! ¡el secreto de la gloria de ese gran Príncipe; odia á la sombra, á la venganza, á la sangre, y entonces estarás tranquilo y la infernal tristeza que te enferma huira para siempre de tu ánimo!

IX

El Rey, al levantar la cabeza para saludar al Sol, vió con espanto que ya era de noche.



...las delicias de los que mueren combatiendo...

El paraiso guerrero

I

TLANAHUITL,» hijo del soberbio «Tecuhtli,» murió muy joven aún, pero predestinado á grandes empresas guerreras y á ser uno de los más gloriosos «yaogisques» del ejército «mexica,» cuyos triunfos por entonces,—era

época espléndidamente victoriosa de las vastas conquistas de «Ahuitzotl,—habían entregado á la gran «Tenochtitl-n» inmensas regiones, ricas y fertiles, sometiendo tribus audaces y belicosas, Tlalnahuitl, refiere el viejo cronista de quien extractamos este curioso, bello cuadro de costumbrs aztecas, iba á dejar al augusto edificio en que los graves y sombríos sacerdotes del «Teocalli» supremo le habían educado para convertir el niño de noble extirpe en un magnífico Caballero-Aguila...

Porque el adolecente ya endurecido por rigurosas penalidades, ejercicios y torturas en el interior del «Colmecac,» es de los demás raramente encumbrada prosapia. ¡Como que su padre, confinado en remotos señoríos, reción sujetos al trono del Rey de México, es primo de la esposa favorita del excelso «Tecuhtli mexical»

¡«Tlalnahuitl» va á la guerra santa!

II

¡Cuánto entusiasmo lucen las pupilas negras del gallardo joven, que siente arder su sangre noble, de antiguos héroes, al pensar en la gloria de que vendrá rodeado cuando regrese, triunfal como tantos otros jóvenes que le han precedido y ya son veteranos y mandan ahora compactas y aguerridas masas de flecheros y manejadores de hondas en las filas que avanzan, extendiendo los dominios del Gran Tecuhtli!

Ya el doncel terminó sin desfallecer sus crueles sacrificios; ayunó tranquilamente semanas y meses; sostuvo combates, con macanas ó á puño firme; con sus maestros; se ejercitó en largas y rapidísimas carreras y permaneció largas horas extático ante el formidable «Huitzilopochtli,» alimentándose con trozos de corazones de víctimas, bebiendo sansre de enemigos... en vez del fatal «neutli» que sólo los apocados ó los ancianos podían apurar hasta embriagarse...

III

En la víspera de la partida del ejército que marcha á reforzar al que en los confines del Tlaxcala obra terriblemente, dando atroces combates para arrancar á los orgullosos rivales los prisioneros necesarios. para que el Dios de la Guerra—que sólo está alegre y es propicio á reyes y pueblos, embriagándose en sangre humana, recien vertida delante de su divinidad siniestra, sangre roja y caliente—quede satisfecho y sacie su extremada sed que le da vida y poder, y nueva y más poderosa majestad á la mexica, su favorita y muy amada.

Mañana el nnevo ejército que va de refresco á reforzar los que apenas bastan para custodiar tantos enemigos prisioneros, partirá más orgulloso y frenéticamente resuelto, á la batalla y á la muerte, que el que le precedió, porque aquél lleva entre la flor de la juventud nueva del «Tecucheatli y del Calmeac, al digno y gallardo «Tlalnahuitl»...

¡Ya los sacerdotes que ven el porvenir en el misterio de sus hondas sabidurías, predicen que los prodigios que el sobrino del Rey ejecute, serán de esos que hacen que el nombre de un héroe sea el toque de carga más entusiasta, para lanzar las masas al asalto...

IV

Más, cosa extraña, aquella víspera de tan fausto acontecimiento, de aquel día que con tanta ansiedad esperaba

desde hacía tantas lunas, el doncel... el grave sacerdote, el más anciano y que mejor interpretaba la vida que más alla de la tristeza y abatimiento en el semblante del joven... Sus pupilas, antes vivamente fulgurantes, parecían muertas...

—¡Como!... Tú, el apuesto, el fuerte, el alegre, el invencible, el gallardo, esperanza de nuestro Dios, anhelo y futura viva macana de nuestro Tlecuhtli muy venerado y muy querido Señor, tú, sobrino, hijo, y nieto de tecuhtlis y de bravos yoayisques, que ya admirado por los Cuatlisques del Oalmecac sagrado y noble y los Ocelotlos del valiente Tepuchicatl. ¡Oh! tú que vas á ser águila excelsa que irá un día á los Tecpans fabricados con rayos de luz de crepúsculos del Tonatiuh, donde mirarás de frente su divina excelsitud... ¿es posible que tanto enturbie la tristeza tus ojos negros como la obsidiana de las flechas que disparan en la sombría Mictlan de las noches sin luna? ¿Qué sombra pasó por el brillante relámpago del entusasmo?... ¡Habla!...

Calló solemnemente el viejo sacerdote, cuya siniestra túnica y el rostro untado con negro alli semejaban un fantasma pavorosísimo delante de la gallarda figura del joven educando...

Quien después del breve y respetuoso silencio que exigía la veneración del ritual, así contestó con extraña languidez:

Salud y eterno respeto, venerable señor; inmensa es tu sabiduría y por ella tienes el premio sobre humano de servir á nuestros dioses... ¡Que te conserven siempre semejante felicidad!... Señor que sabes lo que significa el misterio de los sueños, tú perdonarás mi tristeza; pero oye, anoche, en la única hora que dediqué al sueño .. tuve una visión espantosa para mí... ¡ella, la que deseo para que acompañe mis días bajo los tules frescos de nuestro Xacalli ó en los huertos de nuestro tecpan después de mis triunfos... ella que también es hija de valiente héroe y que también

vive tras esos muros que dividen las vírgenes de los donceles, habia muerto!... ¿Puede ser verdad?... Si es así, no podré vivir más... ni tendré fuerza para luchar... ¡La soñaba y la veía siempre, tan bella y ligera, púdica y graciosa!...

—¡Ah, ingénuo mancebo!... ¿Y te quejas de lo que preprecisamente significa un presagio de felicidad para tí? .. ¡Torpe! ¿Con que la soñaste muerta?... Es verdad.,. hoy han desaparecido dos vírgenes del Calmecac; una que partió para el regio harem del Gran Tecuhtli, otra que partió á la región á donde van los que mueren en el campo de batalla, desqués de haber ensangrentado diez veces su macana en diez enemigos y de haber cautivado otros diez ..

—¿Murió?...

—Pero para hacerte feliz... ella va á guiarte al combafe, va á apartar las flechas enemigas, sus piedras y las puntas pérfidamente envenenadas de sus cuchillos... ¡Peliz tú, hijo de nobles yaoyisques que has tenido tan venturoso sueño!...

—¿La veré algún día?

—Desde el instante en que mueras en plena batalla, combatiendo, exterminando y habiendo llevado á las filas de la retaguardia diez prisíoneros. . Entonces... llegarás al reino delicioso donde habitan, en soberbios palacios, servidos por doncellas bellísimas, los héroes... Oye atentamente, hijo mío, cómo es la ciudad de la dicha donde viven los que en el combate caen derribados,—siempre que hayan formidado á sns enemigos y que nuestro gran Huitzilopochtli tenga con qué saciar su sed de sangre y goce al mirar cómo nosotros los humildes siervos de su teocalli, arrancamos los corazones palpitantes aún y que gratamente humean... Escucha: Cuando un bravo como tú habrá de llegar siquiera á Cuahutli, ha tenido muchas lides y ha cautivado á infinidad de prisioneros, muere al fin sin procurarlo, entiéndelo bien,—entonces el mensajero del Sol,—príncipe amado de Tonatiuh le trae una águila gigantesca, fiera, magestuosa y rápida...

—¿Será la misma águila que vieron nuestros padres posarse sobre el nopal?...—interrumpió extasiado el joven.

—¡Oh! no, hijo mío, no es la misma; esa es la que se lleva á los tecuhtlis que mueren por la patria... Mas no importa: la que llega, envidiada por el Sol es prodigiosamente hermosa. En ella sube el yaoyisque muerto; abandonando su cuerpo... Llegan al reino de los valientes, aclamados por los héroes que salen á recibirlos; entonces bellísimas doncellas conducen en lujosas andas al guerrero ante el Gran Tonatiuh que se halla descansando allá del otro lado del mundo... En aquel palacio se miran eternas danzas de mujeres y audaces mancebos, mientras otros se pasean en los aires llevados por águilas... En los jardines hay tigres y venados que ir á cazar... y lagos de luz donde nadan peces de esmeraldas y ópalos.

...En chalupas magníficas se pasean los valientes, escuchando las canciones de las vírgenes... y viven ellos al lado de la mujer amada, y van cada año al Tecpan rojo de Huitzilopochtli, quien se encuentra ebrio de sangre...

¡Ah! Señor, yo iré á la guerra, haré prisioneros... mataré para encontrarme á la doncella que ha partido á esperarme .. á quien amo... á Xilitl!

¡Miserable, qué dices!—ruge el sacerdote, presa de rabia súbita... ¿A ella amas?

—Con todo mi espíritu... y será mi esposa.

—¡Estás perdido, sacrílego!—Si es ahora la esposa de nuestro rey... Cúmplanse los ritos.—¡Aquí todos! ¡Venid!...

V

..,Y por tamaña audacia el noble mancebo fué muerto vilmente... y su espíritu no fué á habitar el reino de los héroes, sino el sombrío Mictlán, al rojo y negro infierno, pues la que amaba era la mujer del rey.

«Aguila Alerta» nada ante la balsa

"Aguila alerta"

I

VISIONES espantosas, sombras terribles, sombras de fantásticas mujeres gigantes coronadas de altísimos penachos de fuego, cabezas sin cuerpo volando infernalmente en una atmósfera rojiza, entre sangrientos corazones que saltaban multiplicándose hasta confundirse en una masa compacta, siniestra, que era como un mar de oleaje escarlata! Todo iluminado por anchas hogueras batidas por ráfagas de tempestad, poblaban los sueños del fanático Ahuizolt, ya en los últimos días de su vida, en el crepúsculo trágico de su reinado de exterminio.

La desolación de las huestes del emperador, tan amante del formidable Dios de la Guerra de los tenochca llevaron por todo el territorio del Anáhuac, hizo su nombre desde entonces el símbolo de la matanza, del terror, y al escucharlo las multitudes vasallas de sus dominios, temblaban como al oir clamores de muerte desvaneciéndose ante el relámpago púrpura de tan lóbrego apoteósis.

¡Ahuizotl! ¡Ahuizotl! ¡Ahuizotl! exclamaban los señores de lejanos países y su nombre fatídico repercutían las magníficas selvas del Sur apagando la solemne armonía de su eterna fiesta tropical; y las altas majestuosas sierras graníticas del Septentrión, hacia el misterioso país de Jalisco con bárbaras tribus nómadas que desparramaban devolvían el eco lúgubre y desolado en nombre de Ahuizotl, más frío que los hielos de sus cumbres en las noches invernales,

II

Porque después de sus largas campanas, á las que fué siempre expléndidamente propicio el sanguinario Huitzilopoxtli, el guerrero Ahuizotl para honrar al dios de la guerra dejó despobladas las villas y ciudades. Y eran más, mucho más numerables que sus ejércitos, las largas caravanas de víctimas que custodiaban y cuyos corazones iban á ensangrentar hasta el rebosamiento, las gradas del gran Teocalli de Tenochtitlán.

Nunca... ¡Oh! jamás, ní aún en los tiempos de la consagración del bravo Moctecuzoma, Ilhuicamina, se había derramado tan prodigioso caudal de sangre... nunca hasta entonces los ancianos yauvisques y los viejos guerreros águilas del palacío del sol y los directores sacerdotes

del augusto Calmecac habían visto que se arrancasen tantos millares y millares de corazones.

¡Oh rojo y trágico Ahuizotl, en vano brillan con épica fulgurancia los resplandores relámpagos de tus victorias que tanto habían de engrandecer el poderío supremo de la raza mexica; en vano tus hazañas y tu valor ilustran las regias plumas de tu penacho triunfal. La orgía de sangre en que ahogaste al nefando Huitxilopochtli, es un océano donde también se ahoga tu memoria bajo el lejano y tétrico nublado de odio... El odio de tus pueblos vencidos, inextinguible y enorme como sus dolores, como sus anehas llagas abiertas por sus crueldades de sombrío fanático. ¡Oh siniestro Ahuizotl!

III

Mas el poderoso Espíritu del Mundo, el Alma palpitante de la Naturaleza, el Hálito de la vida que doquiera sopla en su lid eternal contra la muerte, hija de la guerra simbolizada por Huitzilopochtli,—no fué vencido, y sobre el lúgubre monarca que sacrificó tantas víctimas en los teocallis de la ciudad mexica, desencadenó su venganza al caer las últimas lunas de la vida del tirano!

Nobles y rectos ancianos venerados por piadosas vírgenes, recogieron la relación de sus postreras desventuras, de sus lóbregos sueños, al mismo tiempo que de sus más atroces crímenes, para hablar luego de los remordimientos que lo agobiaban.

El Amor y la Vida hicieron sangrar el alma de aquel que sembró siempre el odio y la muerte.

¡Su castigo fué cruel!...

Antes de que temblara en los vértices nocturnos, desga-

rró su corazón el remordimiento, y después un amor desesperado que sellaron sus crímenes abatiendo víctimas inocentes.

IV

De largas tiras geroglíficas encontradas en abultados rollos entre piedras labradas pacientemente por multitud de ignorados artífices, los sabios sacerdotes del último Moctecuzoma extrajeron la leyenda terrible del último crimen de Ahuizotl.

En ella referíase con el sorprendente lenguaje del símbolo vivificado por el color y la línea, en esquemáticos dibujos, que uno de los más inteligentes guerreros del rey fué aquel cuyo nombre significa «Aguila Alerta».

Era de muy noble ascendencia de familia, y como era costumbre, hizo su educación en el Calmecac, donde aprendió el arte de orar y la ciencia de combatir, educando su cuerpo á fuerza de penalidades y sacrificios horrorosos, que al fin lo tachonaron de piadosas cicatrices.

Muy joven partió á la guerra, acompañando á los yaovisques más famosos y pasmó á los veteranos con su audacia incomprensible.

Y fué tal su arrojo, que se decretaron castigos contra él por haberse precipitado más allá de las líneas enemigas persiguiendo en una embrieguez de valor y en su frenesí de ataque, á los más valerosos, para tener el orgullo de llevarlos prisioneros exponiéndose á perecer iucautamente.

Muy pronto llegó, pues, á ser un caballero águila.

V

Ahuizotl le dió riquezas y mujeres, vastas tierras y poderoso y feliz después de un año de penitencia en ásperas sierras, cual era conforme al ritual religioso caballeresco de su orden, fué nombrado tecuhtli y obtuvo un señorío muy cerca de Tepeyacac, y allí hubiera, acabado su gloriosa carrera el guerrero, si no tuviera que acompañar á Ahuizotl á una de sus más victoriosas campañas sobre las Mixtecas.

En un peligrosísimo combate, salvó la vida á su rey y más allá de la región zapoteca, después de la victoria, tuvo que permanecer varios días en lo alto de una montaña, con orden de observar con sus fieras pupilas de águila, los movimientos de los enemigos.

Después, supo que Ahuizotl regresaba á Tenochtitlán rodeadando por las costas del mar que se tienden hacia los misteriosos horizontes por donde aparece el sol, aquel expléndido tonatihu, de quien era ferviente, adorador como digno caballero águila, el guerrero vasallo.

VI

Quedaba abandonado con unos cuantos valientes en lo alto de aquella montaña, que fuera escogida como inexpugnable fortaleza para dominar á los rebeldes pueblos que la circundaban.

Mas he aquí que no obstina haber asegurado Ahuizotl, que pronto enviaría refuerzos ó pasaría de vuelta con su ejército al pie de las mismas vertientes de la montaña,

para volver por el mismo camino, atravesando el Valle del reino zapoteca para arribar á Tenochtitlán; días y días pasaron, sin que el águila, en su encaramado puesto, pudiese saber nada de los ejércitos victoriosos de su señor.

Hubiera muerto allí satisfecho, contento y heróico, con la seguridad de ir después de espirar, hacia el imperio del sol, donde van las almas de los valientes que mueren en la guerra; pero él sentía el dolor atroz de abandonar á una mujer que amaba con frenesí, con tal pasión, como nunca la había sentido para ninguna otra, por rara y escogida joven y solícita que fuese.

Ella, hija de un guerrero mixteca, había abandonado por él su patria, arrostrando la maldición de los suyos sólo por su amor, seducida por el arrojo maravilloso del caballero águila y por su apostura gallarda y altanera como la del ave triunfal cuyo traje vestía. Ahuizotl también la amó, pero la hija del mixteca rehusó su amor y como ya pertenecía al bravo guerrero, el monarca no pudo apoderarse de ella.

Entonces abandona al caudillo sobre la montaña, dándole orden de esperar, observando el valle, y luego parte el rey de vuelta de su campaña por la costa oriental, por cuyas candentes playas se tendían á veces en las noches sus populosos campamentos donde se alzaban clamores de soldadescas ébrias de victorias y riquezas, llevando millares de prisioneros y dejando tras sí hondísimos abismos de odio... y aquel infeliz tecuhtli desamparado, solitario viudo.

VII

Comprendiendo por fin la infamia de su rey, seguido de sus más audaces, bajó de la montaña el águila, abriéndose paso por fuerza ó por súplica entre los pueblos devastados,

desde donde le señalaron el rumbo que llevaba el ejército tenochca. Una noche arribó á las playas rumorosas, frente al mar inmenso y negro.

Un grupo de soldados y mercaderes formaban un puesto avanzado al campamento de Ahuizotl, y le reconoce; se prosternan respetuosamente y le indican un punto vago del horizonte pálido, mar adentro.

—¡Oh, Señor! allá va, sobre troncos de árbol... no quiso ser esposa del rey y nuestro gran tecuchtli, por no derramar la sangre de una mujer tuya, la arrojó atada allá lejos; allá flota sobre las ondas, en aquella balsa que se pierde entre las nubes... Sólo arrojándote al mar la alcanzarás, aunque sea en el reino del Sol,—le dijo melancólicamente un anciano mercader.

«Aguila Alerta» se arroja... y nada en las tinieblas, en las tinieblas á veces desgarradas por la luna, hasta que llega ante los leños, donde atada sobre un tronco izado, agoniza la mujer de su amor, ¡la qué ha perdido su familia y su patria por él!...

Cuando alcanzó la balsa, la víctima era cadáver, pero á él se abrazó el guerrero... Y al día siguiente, después de terrible tempestad, Ahuizotl aterrorizado, vió dos cadáveres sobre la playa, cariñosamente unidos en divino abrazo.

. . . . . .

Desde entonces empezaron las sombrías visiones del siniestro rey.